

El zorro y el erizo



Kenshinkan dôjô 2014

Estaba absorto ante el espectáculo que se presentaba ante mí. Los músicos habían salido a escena en absoluto silencio, ocupando sus lugares en orden preferente, diligentes y determinados a la creación. Estando ya a la espera, una inquietud cortaba el ambiente hasta tensarlo, cuando, raudo, apareció el director. El público estalló en aplausos, porque había llegado el piloto de aquella nave extraordinaria que era la orquesta. Enseguida, subido ya en su tarima, dirigió durante más de dos horas el concierto programado, atendiendo a todos y cada uno de sus músicos, alentando a los retardados, exigiendo a los desconcentrados, dando ánimos a todos. Conocedor de todas las partituras interpretadas, de todas las modulaciones, subidas y bajadas de intensidad, quiebros y guiños, el director de orquesta era el eje sobre el que se apoyaba toda la arquitectura del gran grupo.

Me acordé de la parábola de Arquíloco y de cómo el poeta griego dividía la naturaleza humana en dos polaridades: zorros y erizos. Sí, aquel director era un zorro dirigiendo a un centenar de erizos. Aunque esto resultaba evidente, también lo era la interdependencia entre ambos estratos, la complementariedad y la necesidad de comunicación. Sin ello, ninguno de los artistas tendría existencia propia.

El zorro

¿Qué haría él con la curiosidad, ese impulso innato, abonado con el afán primario de descubrir cosas nuevas, capaces todas de enriquecer aquellas moradas tan recónditas de su alma, alejadas, sí, pero, a la vez, tan llenas de vida y palpitantes?

Deseaba, antes que ninguna otra cosa, saber, y para ello no iban a ser obstáculo el conocimiento apriorístico o la aprehensión concreta de una materia, el acotamiento de unas fronteras o el dominio de una técnica. Había resuelto, hacía ya algún tiempo, que no estaba interesado en ese hecho puntual consistente en sentirse dueño de algo, un logro que, a su modo de ver, era más una conquista de la razón, y de una voluntad enfocada en la utilidad. La suerte estaba echada. En aquellos primeros años el mundo se presentaba tan amplio que era auténtico miedo el que sentía por la concreción y la arribada, la quietud y la satisfacción. No quería llegar a ningún lugar. El viaje mismo se había convertido en camino perpetuo.

Se había convertido en un usurpador de la tranquilidad, un alterador de la calma, un espíritu inquieto e incapaz de sentir satisfacción con lo profundo, único, individual, singular. Sí. Definitivamente apostaba por la pluri-dirección, la sucesión interminable de paisajes, la lujuria de las emociones, los colores más inverosímiles, los climas diversos -extremos y apacibles, crudos y soleados, templados y tropicales; también, la exploración de unos recursos sin límites. Esto, claro, no contenía dentro de sí un asidero robusto, endurecido y pétreo, uno de esos casi

enmohecidos por el paso amontonado de los años, pleno de sensatez, sólido y seguro. Todo ello, pensaba él, no lo canjearía por el libre albedrío: esa inestabilidad que es también el hecho mismo del vivir, la locura por antonomasia, una chispa – sólo una le bastaría- de ingenio y creatividad, improvisación y espontaneidad.

Quería mover su mundo, sin darse cuenta que también, de forma indirecta, movía otros mundos dentro de aquel que habitaba y, esto último, no por buscar denodadamente ese latido en aquello que le rodeaba, sino por proximidad, por cercanía, por ósmosis. El zorro no sería nunca un hombre organizado, en sus apuntes se apretujaban: conversaciones, pensamientos y razonamientos, problemas, muchos, sin resolver, incógnitas que buscaban desesperadamente respuestas imposibles. La pasión era su suficiencia. Ella era el detonante: Un zorro no encuentra, busca sin tregua.

El erizo

A escasos metros, bajo los matorrales, sereno, seguro de sí, se encontraba el erizo. Diariamente ordenaba sus ocupaciones, ordenando, también, su tiempo: unas ecuaciones que resultaban ser extraordinariamente precisas y por ello notablemente fructíferas. Había puesto todas sus energías en los principios fundamentales que sostenían su propia existencia, profundizado en ellos hasta tal extremo que los había dominado por completo. Era un rey en su castillo, un paladín triunfante de su causa, un conquistador de su propia filosofía. El erizo sabía algo muy importante, superior, imperecedero y, en ocasiones, letal: el perímetro de su tranquilidad se encontraba en su propia naturaleza. Si resultaba ser que las circunstancias le pusieran en el camino de la adversidad, del enemigo feroz, de la dificultad o de la impertinencia, no había más que enrocarse en su propia anatomía. Eso era suficiente. El erizo era el centro del mundo y todos los demás se movían en torno a sus pasos. Y él, ocupado en ser quien verdaderamente era, no albergaba inquietud alguna por todo aquello que no fuera el autoconocimiento de sí. En efecto, había conquistado la razón de ser de su existencia. Su filosofía enseñaría a otros la valía de la quietud, la satisfacción del encuentro con lo inmediato, el estudio concienzudo de sus impulsos más cercanos.

En cien metros a la redonda, el erizo se sentía feliz. Había dado con la llave de su realidad y era capaz de transmitir a otros que una determinación férrea y una fuerza de voluntad dirigida a la concreción podían resultar eficaces para dominar un entorno como aquel en el que vivía. Gracias a esta simbiosis de elementos, su familia podría resultar triunfante en el ecosistema que habitaba.

A su manera, triunfante, el erizo transmitiría su genética, crearía una familia numerosa y viviría, longevo, junto a ella.

Yo creo que en el Budô necesitamos de zorros y de erizos, de aventureros de la cantidad y triunfadores de la singularidad. Necesitamos de las mentes inquietas, capaces de preguntarse por cosas imposibles y de otras ecuánimes, lúcidas en lo inmediato. Opino que debemos dar espacios a aquellos que abren todos los mapas para buscar los recónditos lugares, desiertos alejados, distantes e inaccesibles, montañas inexpugnables, honduras abisales, y escuchar, siempre, a esos otros que nos hablan desde la serenidad, desde sus conquistas microscópicas, desde la hermosura de lo pequeño. A esto añado que el Budô es la suma de estas dos naturalezas, que después de su epopeya vital, algunos zorros descubrieron la unidad de todas las Artes que acometieron, manifestando esta síntesis de principios en la obra que ellos mismos gestaron: el resultado final de una batalla sin tregua, sin sosiego, de herranza casi, casi, permanente. Fueron zorros: Herodoto, Montaigne, Shakespeare, Balzac, Cervantes, Leonardo o Miguel Angel, y en nuestro contexto lo fueron: Choisai Ienao, Kamiizumi Nobutsuma, Matsumura Sokon o Morihei Ueshiba.

A su lado, articulando sus vidas tal y como articularon sus artes, los erizos han equilibrado y continúan equilibrando la permanencia del Budô, su estabilidad y asentamiento, fortaleciendo líneas de trabajo, profundizando en las dinámicas, avanzando siempre en ese territorio que parece ya haber sido del todo hollado, pero en el que siempre pueden encontrarse razones para la superación de las barreras propuestas. Fueron erizos: Platón, Nietzsche, Dostoievski, y en nuestro contexto lo fueron: Kanryo Higaonna, Funakoshi Gichin o Chojun Miyagi.

Kenshinkan dôjô 2014